

Diplomacia, al calor político

Entrevista. Juan Archibaldo Lanús es diplomático, escritor, ensayista. Aquí recrea la Argentina histórica del prestigio mundial, frente a la actual, de la política sin ética.



Diagnóstico. "Tenemos un problema que parte de la matriz antropológica: es el de la decencia", dice Lanús. LORENA LUCCA

TAGS Diplomacia, Juan Archibaldo Lanús

8 opiná

45 shares



Daniel Vittar

Su tarjeta sólo tiene nombre, dirección y teléfono. No le gusta usar títulos, pese a que los tiene de sobra. Es abogado, doctor en Economía Internacional de la Sorbona, ex embajador en Francia, embajador ante la Oficina de Naciones Unidas en Ginebra y negociador argentino ante el Gatt. Inclusive fue secretario de Estado. "No uso títulos", dice con una mueca, restándole importancia. Prefiere el trato despojado de etiqueta, la cordialidad del semejante. **Juan Archibaldo Lanús** es un diplomático de carrera, escritor, ensayista. Pero sobre todo, un lector implacable y un descarnado explorador de la realidad argentina.

En su departamento de la calle Esmeralda, una biblioteca de madera cubre todas las paredes del estudio. Es su refugio. Allí, entre un laberinto de citas y frases de pensadores, trata de encontrarle sentido a las fluctuaciones del país. "En la Argentina no se diferencia entre Estado y gobierno. El que tiene el gobierno, tiene el Estado", dice con pena. Y completa la idea: "Según la práctica que ejercen los grupos políticos, **el Estado es el botín de guerra de la política**".

Lo apasiona la política, tanto como la desprecia. Archibaldo se hunde en la historia para rescatar episodios que expliquen una realidad cuestionada. Y escribe, siempre escribe. Entre sus libros están *La Argentina inconclusa*, *Un mundo sin orillas*, *La causa argentina*. Acaba de reeditar *Aquel apogeo*, donde describe ese particular mundo de la diplomacia de principios del siglo pasado, que tanto admira.

Criado en una familia acomodada, maneja con suficiencia los idiomas y la empatía. También las palabras, que selecciona cuidadosamente. Sobre todo cuando intenta describir su simpatía por el peronismo. "Cuando afloro a la política a los 20 años, yo era radical, quizás por familia y por republicano. Pero me molestó mucho que en mi familia, en casa de mi abuelo, de mi tío, se recibiera a muchísimos golpistas para tirarlo abajo a Frondizi. Y no sé por qué, pero ahí fue mi declive. Me dolió ese frente conservador de Solano Lima. Ahí engancho un poco con una vertiente nacional, católica, republicana", argumenta.

Su departamento está sobrecargado de objetos criollos. Mates, rastras, cuadros, documentos históricos, hasta un poncho de época con la bandera celeste y blanca. “Somos una sociedad mestiza”, aclara. Y se sumerge nuevamente en la política, de la cual no puede escapar. “¿Cuál es el sustento de un proyecto político?”, se pregunta, para responder: “Es moral. Nosotros, como república, debemos tener como objetivo el bien común, la justicia, la libertad. Eso es un valor moral”, apunta. “Pero si yo utilizo todo este aparato político para mí, dejo una parte de la población fuera de la mesa. **Si no hay ética, no hay ninguna posibilidad, y la política se convierte en una cosa de bandidos**”, agrega, crítico.

En su escritorio, enmarañado de papeles, recrea citas que selecciona para fundamentar su pensamiento. Sobre una hoja, no deja de garabatear ideas, conceptos. “Hay dos problemas graves en el país. El primero es que los grupos dirigentes están en **permanente situación de antagonismo**, de discordia continua. Sobre este antagonismo es muy difícil montar un sistema de consenso para diseñar políticas a largo plazo”, dice con voz grave. Y completa la idea: “El otro, que forma parte de nuestra matriz antropológica, es el tema moral, de la decencia”.

Criado entre el campo y la ciudad, educado con rigor cultural, Archibaldo tuvo que esgrimir todos sus conocimientos a lo largo de su carrera diplomática. Especialmente como vicescanciller de la gestión de Domingo Cavallo. “Más que un dirigente complicado, era difícil por su carácter. Era imposible, sabía todo”, recuerda con ironía.

En el living, rodeado de cuadros y recuerdos, con una partitura abierta, un piano de cola testimonia su apego a la música. Tanguero bohemio, supo tener amigos como Horacio Ferrer. “Afuera nos ven mejor de lo que somos”, dice, y justifica. “Hay una Argentina mítica, de principios del siglo pasado. Antes de la I Guerra Mundial estábamos en el décimo lugar en relación al Producto Bruto por habitante. Eramos un país importante, con gente de cultura. Teníamos una estatura que no tenemos hoy”, señala. “Argentina es el octavo país del mundo por extensión territorial. Todos los que nos preceden son grandes potencias, y nosotros seguimos dando vueltas buscando nuestro norte o nuestro ser nacional”, afirma, mordaz.

Atravesado por la política, una y otra vez insiste con la carencia de integridad moral. “La estructura de la política argentina está basada en el poder y la codicia. Algunos la tienen más, y otros menos”, dice con picardía. Y remata: “**También el ego, esa cosa de creerse superior**”